

EL BIBLIOTECARIO MENDIGO
RICARDO PALMA (PERÚ, 1833-1919)

Este peruano es sin duda el escritor más relevante del siglo XIX en el país andino, renovador de la prosa latinoamericana y creador de un género intermedio entre la crónica y el relato breve, la «tradición», a través de la cual contó la intrahistoria del Perú, sacando a la luz anécdotas y fragmentos de la tradición oral, expresados en un lenguaje dinámico y atractivo.

Procedente de una familia humilde, Palma comenzó su carrera literaria a los quince años, formando parte de un grupo denominado «La bohemia de mi tiempo». De esa época, hacia el año 1848, datan sus primeros contactos con bibliotecas públicas, sus poemas de juventud y también sus primeras colaboraciones en diversas publicaciones periódicas, como redactor o crítico de espectáculos. Inquieto políticamente, secundó la

sublevación del general Vivanco contra el gobierno de Castilla, y tres años más tarde participó en un frustrado intento golpista de corte liberal. Debido a ello tuvo que exiliarse, y se instaló en la ciudad chilena de Valparaíso, donde vivió hasta su regreso a Perú en 1864. Desde entonces hasta 1872, fecha en la que publica el primer tomo de sus tradiciones, se mantuvo en la política activa desempeñando varios cargos como cónsul, secretario del presidente Balta y senador.

Cuando Chile entró en guerra con Perú, en 1879, Ricardo Palma era ya uno de los escritores más afamados de América Latina. Pero su actitud siempre abierta a la vida pública lo llevó a participar en la guerra defendiendo la capital peruana. Su saldo personal fue muy negativo, porque su casa fue incendiada, perdiendo toda su ya voluminosa biblioteca personal, sus manuscritos no publicados e incluso unas memorias que escribió mientras era secretario de Balta. Pero fue precisamente entonces cuando su relación con las bibliotecas se hizo más profunda. Perdió la suya propia pero fue nombrado por el presidente Miguel Iglesias, al final de la guerra, Director de la Biblioteca Nacional, que también se encontraba destruida después de la contienda con Chile. Su obra al frente de la institución fue importantísima porque, con un exiguo presupuesto, propio de

un país que debió...
cetas públicas, lo...
co tiempo e inclu...
que utilizó su pre...
a personalidades...
las que tenía una...
tar el cargo, ganá...
tecario mendigo...
nombrado en 187...
Española de la L...
intelectuales com...
cultura a través d

Durante los ú...
meros de 1884 pr...
recibidos para r...
oficial de la nuev...
el 28 de julio de...
biblioteca contaba...
obtenidos casi to...
de petición a insti...
Europa y Améric...
tercera parte eran...
teca por parte de...
vuelto, sobre todo...
o tiendas, que sol...
cimientos acudían...
nos, que llevaban...
por licor u otros p

Vivanco contra el gobier-
nos más tarde participó en
pista de corte liberal. De-
xilarse, y se instaló en la
araíso, donde vivió hasta
864. Desde entonces has-
publica el primer tomo de
tuvo en la política activa
argos como cónsul, secre-
a y senador.

ó en guerra con Perú, en
ra ya uno de los escrito-
mérica Latina. Pero su ac-
la vida pública lo llevó a
defendiendo la capital pe-
al fue muy negativo, por-
ada, perdiendo toda su ya
personal, sus manuscritos
o unas memorias que es-
retario de Balta. Pero fue
cuando su relación con las
profunda. Perdió la suya
ado por el presidente Mi-
la guerra, Director de la
ue también se encontraba
contienda con Chile. Su
situación fue importantísi-
o presupuesto, propio de

un país que debía reconstruirse en todas sus fa-
cetas públicas, logró ponerla al día en muy po-
co tiempo e incluso mejorar sus fondos, gracias a
que utilizó su prestigio literario para pedir dinero
a personalidades diversas de todo el mundo, con
las que tenía una relación privada antes de acep-
tar el cargo, ganándose el apelativo de «el biblio-
tecario mendigo». En ese sentido, el haber sido
nombrado en 1878 miembro de la Real Academia
Española de la Lengua le abrió muchas puertas a
intelectuales comprometidos con la difusión de la
cultura a través de los libros.

Durante los últimos meses de 1883 y los pri-
meros de 1884 preparó el edificio y los libros ya
recibidos para realizar una gran inauguración
oficial de la nueva biblioteca, algo que ocurrió
el 28 de julio de 1884. En ese momento, la Bi-
blioteca contaba ya con más de veinte mil libros,
obtenidos casi todos por su incansable trabajo
de petición a instituciones, políticos y escritores de
Europa y América. De esos veinte mil, más de la
tercera parte eran libros restituidos a la Biblio-
teca por parte de usuarios que no los habían de-
vuelto, sobre todo por los dueños de las bodegas
o tiendas, que solían ser italianos. A esos estable-
cimientos acudían con frecuencia soldados chile-
nos, que llevaban libros robados y los cambiaban
por licor u otros productos. De hecho, entre 1881

y 1883, en plena guerra, uno de los salones de la Biblioteca había sido utilizado como caballeriza por uno de los batallones chilenos, y los libros y documentos fueron administrados sin control. La pérdida fue monumental, ya que, antes de comenzar la contienda, la Biblioteca poseía más de 56.000 volúmenes, entre ellos valiosas y antiguas ediciones de la Biblia, clásicos griegos y latinos, incunables europeos, manuscritos sobre procesos de la Inquisición, memorias de virreyes, documentos sobre los jesuitas, etc. Cuando Palma tuvo que redactar el primer informe al frente de la Biblioteca, consignó que, de los 56.000 volúmenes solo quedaban 738. Nos imaginamos el tremendo esfuerzo que hizo para que casi un año más tarde, en la inauguración, hubiera ya más de 20.000. Y en 1900, la Biblioteca ya tenía, además de 35.000 libros, 835 periódicos, 1.326 volúmenes de folletos y papeles varios y 340 manuscritos.

Por todo ello, no parece extraño que Palma considerase la Biblioteca Nacional como algo muy suyo, muy personal. Tanto es así, que trataba los libros como si estuvieran en su propia biblioteca particular. Por eso, se otorgó el derecho de expresar su disconformidad con lo escrito en ellos por los diversos autores, de tal forma que colocaba comentarios en los márgenes, de su puño y letra; expresiones como «¡Qué burro!», «Este me fuera de tiesto», o incluso «Es un cojudo».

Si bien esta actitud que fuera el director se entregó con aude la reconstrucción de las habitaciones constituido allí mismo escribió y apreciadas tradiciones luz pública poco a del siglo XX. Y lo hizo de que los peruanos la ilustración, y que lo único que podía guerras y los conflictos. Se puede rastrear Palma por la Biblioteca que hizo en muchos tomos. Muchas veces crítica literaria o como mas culturales e históricas dejó la dirección de cesor, Manuel González tor peruano del siglo ha personalmente en años, realizó un inventario ñalando el estado de los volúmenes, etc. ese particular. Es ver Prada a la gestión de

ra, uno de los salones de la
utilizado como caballeriza
ones chilenos, y los libros
administrados sin control.
mental, ya que, antes de co-
la Biblioteca poseía más de
re ellos valiosas y antiguas
clásicos griegos y latinos,
manuscritos sobre proce-
memorias de virreyes, do-
sultas, etc. Cuando Palma
primer informe al frente de la
ue, de los 56.000 volúmenes
os imaginamos el tremendo
a que casi un año más tarde,
ubiera ya más de 20.000. Y
ya tenía, además de 35.000
, 1.326 volúmenes de folle-
340 manuscritos.

parece extraño que Palma
teca Nacional como algo
nal. Tanto es así, que trata-
estuvieran en su propia bi-
or eso, se otorgó el derecho
ormidad con lo escrito en
autores, de tal forma que
en los márgenes, de su pu-
como «¡Qué burro!», «Es-
, o incluso «Es un cojudo».

Si bien esta actitud no es justificable, por mu-
cho que fuera el director, lo que sí es cierto es que
se entregó con audacia y generosidad a la labor de
reconstrucción de la Biblioteca. Sus pasillos y ha-
bitaciones constituían prácticamente su hogar, y
allí mismo escribió algunas de sus más conocidas
y apreciadas tradiciones, que fueron saliendo a la
luz pública poco a poco hasta los primeros años
del siglo XX. Y lo hizo porque estaba convencido
de que los peruanos tenían fe en la cultura y
la ilustración, y que ese camino de civilización es
lo único que podía contrarrestar la locura de las
guerras y los conflictos armados.

Se puede rastrear el paso profundo y denso de
Palma por la Biblioteca a través de las anotacio-
nes que hizo en muchas de las obras y manuscritos.
Muchas veces eran verdaderas muestras de
crítica literaria o conocimiento profundo de te-
mas culturales e históricos. Cuando el peruano
dejó la dirección de la Biblioteca en 1912, su su-
cesor, Manuel González Prada, el otro gran escri-
tor peruano del siglo XIX, con el que se encontra-
ba personalmente enfrentado desde hacía muchos
años, realizó un inventario de la institución, se-
ñalando el estado de la misma, la conservación
de los volúmenes, etc., y llamó la atención sobre
ese particular. Es verdad que la crítica que hizo
Prada a la gestión de Palma fue general y además

altamente destructiva, como es lógico, por la rivalidad que había entre ambos, pero se ensañó particularmente con el uso indebido de los libros a través de las anotaciones manuscritas en los márgenes de las mismas páginas de los volúmenes, y también de los numerosos sellos estampados. Arremetió González Prada con las «enmendaduras, tajaduras y borroneaduras». Y se preguntaba qué sería de cada biblioteca si sus directores y trabajadores se «arrogaran el derecho de multiplicar sellos personales y anotaciones caprichosas». (González Prada 1912: 15)

Ningún autor ni época se libraron del brazo férreo del director. Palma no dudaba en hacer constar sus opiniones en incunables, en libros del Siglo de Oro, incluso en libros editados por él. Es curioso encontrar comentarios en varios ejemplares de sus volúmenes de tradiciones, donde el mismo autor ejercía de crítico literario sobre su propia obra. A veces utilizaba la primera página en blanco, cuando debía anotar un pensamiento general y más amplio, o incluso la portada del libro, vertical u horizontalmente. Resulta asimismo inquietante el universo de los sellos. El siguiente director anotaba que los sellos que colocaba Palma en los libros y documentos suponía una fuerte obsesión. Pero lo más sorprendente es la enorme variedad de los sellos. Algunos eran

circulares, otros ovalados, romboides e incluso una palmera. Además Casi siempre llevaban el nombre del bibliotecario, del director, o simplemente se recían en cualquier signo. Muchas eran en blanco, carátulas, o simplemente los comentarios manuscritos. Era una obsesión maniática se lo que le había costado hacer constar que ese libro estaba en la biblioteca, y que no hubiese sido el único ejemplar que le había costado de la guerra, para devolvérselo a su «hija» intacto.

En sus anotaciones críticas, por su estilo de cartas de Tamayo y Barrios, anotó, por ejemplo, pero también grandes que hizo al libro de A. U. *La caída de la mujer*, inculcaba una cárcel para escribiría allí a ocupar una colección de libros españoles en venta. ¡Pre el nuncio! Su madre cuando hablaba de sí misma que llevaba su nombre

Como es lógico, por la riva-
mbos, pero se ensañó par-
o indebido de los libros a
es manuscritas en los már-
áginas de los volúmenes,
erosos sellos estampados.
rada con las «enmendadu-
neaduras». Y se pregunta-
blioteca si sus directores y
ran el derecho de multipli-
anotaciones caprichosas».

(: 15)
poca se libraron del brazo
alma no dudaba en hacer
s en incunables, en libros
uso en libros editados por
rar comentarios en varios
menes de tradiciones, don-
rcía de crítico literario so-
veces utilizaba la primera
ndo debía anotar un pensa-
amplio, o incluso la porta-
horizontalmente. Resulta
el universo de los sellos. El
otaba que los sellos que co-
libros y documentos supo-
n. Pero lo más sorprendente
de los sellos. Algunos eran

circulares, otros ovalados, rectangulares, cuadra-
dos, romboides e incluso había uno que semejava
una palmera. Además, eran de todos los colores.
Casi siempre llevaban el nombre de la Bibliote-
ca, del bibliotecario, de la ciudad de Lima, y apa-
recían en cualquier sitio: páginas escritas, pági-
nas en blanco, carátulas, etc., y acompañando a
los comentarios manuscritos. Probablemente, esa
obsesión maniática se debiera a la necesidad de
hacer constar que ese ejemplar pertenecía a la Bi-
blioteca, y que no hubiera ninguna duda. Sabemos
lo que le había costado a Palma recoger miles de
ejemplares repartidos por toda la ciudad, después
de la guerra, para devolverlos al redil, para con-
servar a su «hija» intacta.

En sus anotaciones había elogios a buenos es-
critores, por su estilo o por el contenido («Las
cartas de Tamayo y Baus están deliciosamente es-
critas», anotó, por ejemplo, al pie de una de ellas),
pero también grandes mofas, como el comentario
que hizo al libro de Augusto Martínez Olmedilla,
La caída de la mujer, insistiendo en que si hubie-
ra una cárcel para escritores groseros, Olmedilla
iría allí a ocupar una celda. Y en un catálogo de
libros españoles en venta, escribió: «¡Que la com-
pre el nuncio! Su madre. Me meo.» Ahora bien,
cuando hablaba de sí mismo, de una publicación
que llevaba su nombre, siempre tenía un tinte

histórico y a veces melancólico, aunque reconociera que no todo lo que escribió era bueno. Por ejemplo, al descubrir un número de la serie de *El Burro*, recordaba: «Fue este el primer periódico que redacté en mis días de colegio. Despachado propio de un muchacho de diecinueve años. De buena gana quemaría hoy estas burradas».

En fin, estas apostillas, casi desconocidas, son un documento indispensable para entender la personalidad literaria de Palma pero también para entender la evolución de una biblioteca que, sin su trabajo, en una época muy difícil, no sería lo que hoy representa para el mundo de la cultura peruana. El crítico Roy Tanner, que las ha estudiado a fondo, ha dicho sobre ellas:

Las observaciones marginales de Ricardo Palma constituyen un aspecto poco conocido de sus escritos, lo cual se debe en gran parte a la incineración de la mayoría de ellas en 1943. No obstante, las apostillas restantes son lo suficientemente numerosas para que nos revelen importantes facetas de su vida o al menos refuercen nuestra conciencia de ellas. En primer lugar demuestran el gran amor que tenía por la Biblioteca Nacional —su biblioteca— y el orgullo que sentía por el papel que desempeñaba en su restauración y avance. Iluminan la

abnegación con que
la responsabilidad q
abren una ventana s
tos seguidos por Pal
la dirección. Nos en
les eran sus priorid
vación de los libros
medio de ellas y el
irradian llegamos a
to le encantaba leer
nes francas sobre ci
tica, la historia, la f
recuerdan su perso
celencia, lo que se
en su vocación de p
cho nuestra aprecia
y cómo practicaba
1992: 1.023-1.024)

Cuando Palma ley
Prada a su labor como
to titulado *Apuntes pa
teca de Lima* (1912),
te toda su labor, que f
al frente de la institu
del encontronazo con
salida de la dirección
cada por graves desao

melancólico, aunque recono-
que escribió era bueno. Por
un número de la serie de *El*
Fue este el primer periódico
ías de colegio. Despachucha-
chacho de diecinueve años.
maría hoy estas burradas». En
tillas, casi desconocidas, son
ispensable para entender la
a de Palma pero también pa-
ción de una biblioteca que,
a época muy difícil, no sería
ta para el mundo de la cultu-
o Roy Tanner, que las ha es-
dicho sobre ellas:

es marginales de Ricardo Pal-
un aspecto poco conocido de
cual se debe en gran parte a
e la mayoría de ellas en 1943.
apostillas restantes son lo su-
merosas para que nos revelen
etas de su vida o al menos re-
conciencia de ellas. En primer
an el gran amor que tenía *por*
cional —su biblioteca— y el
tía por el papel que desempe-
uración y avance. Iluminan la

abnegación con que don Ricardo cargaba con
la responsabilidad que se le había otorgado y
abren una ventana sobre ciertos procedimien-
tos seguidos por Palma en la administración de
la dirección. Nos enseñan en forma única cuán-
les eran sus prioridades tocantes a la preser-
vación de los libros y su belleza estética. Por
medio de ellas y el entusiasmo y energía que
irradian llegamos a comprender mejor cuán-
to le encantaba leer y cuáles eran sus opinio-
nes francas sobre ciertos aspectos de la polí-
tica, la historia, la filosofía y la religión. Nos
recuerdan su personalidad polémica por ex-
celencia, lo que se manifestaba tantas veces
en su vocación de periodista. Refuerzan mu-
cho nuestra apreciación de sus ideas literarias
y cómo practicaba la crítica literaria. (Tanner
1992: 1.023-1.024)

Cuando Palma leyó las recriminaciones de
Prada a su labor como Director, escribió un folle-
to titulado *Apuntes para la historia de la Biblio-
teca de Lima* (1912), explicando detalladamen-
te toda su labor, que fue muy intensa y positiva,
al frente de la institución. En realidad, aparte
del encontronazo con Prada, lo cierto es que su
salida de la dirección fue algo violenta, provo-
cada por graves desacuerdos con el gobierno de

Leguía. Esa circunstancia tuvo como colofón un homenaje y una airada protesta por parte de la ciudadanía, que se concretó en una velada multitudinaria en el Teatro Municipal. Después de esa agitada vida de bibliotecario, Palma se retiró plácidamente a vivir al balneario de Miraflores, como patriarca de las letras peruanas, donde pasó los últimos siete años de su vida rodeado de hijos y nietos. Allí recompuso la Academia Peruana, escribió versos y algunas páginas de recuerdos, y comenzó a mendigar otro tipo de experiencias, las familiares y las de la vida tranquila de un anciano que siente que ha cumplido con su tiempo, como escritor y como bibliotecario.

Todo en la vida y en la literatura se apellidando por el apellido conocido a algún Peretz. Además, ni siquiera se llama Peretz, fue un judío en los años veinte, que las francesas durante el día. Su madre también fue a Auschwitz, perseguido por su apellido y criado en un ambiente de estudio sociología e historia. Más raro que su apellido, mejores fotos de él se encuentran de frente a la cámara en el punto de salirse de su apartamento en forma de logotipo de los dos hacia fuera como...